

**JUAN LUIS GALLARDO**

**VERSOS DE VIDA, PATRIA Y GUERRA**

oOoOo

EL AUTOR nació en Buenos Aires, es abogado, enseñó Historia en la Universidad Católica Argentina, dirigió EDUCA, la Revista Nacional de Cultura y la Revista de la Escuela de Guerra naval, fue columnista en La Prensa, La Nueva Provincia y la revista Confirmado, escribió más de cuarenta libros que incluyen novelas, ensayos, poesía, historia, biografías, fábulas y crónicas de viaje. Obtuvo la Cruz de Plata Esquiú, el premio Santa Clara de Asís y la estatuilla Leonardo Castellani. Es miembro de la Academia del Plata, la Academia Provincial de Artes y Ciencias San Isidro y la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.



## NOTICIA

Son muchos los poemas que he ido escribiendo durante el transcurso de mi ya larga vida. Que se encuentran dispersos en diversas publicaciones. Advertido de que aquellos de carácter épico tuvieron buena acogida, he resuelto reunirlos en este volumen, junto con algunos otros que no responden estrictamente al género, pero no discrepan con el tono del libro. Y, aunque no incluyan el total de mi producción respectiva, entiendo que la representan adecuadamente.

J. L. G.



# I

## SER ARGENTINO

Ser argentino, amigos, es algo que acontece,  
es algo que se aprende y después no se olvida,  
es un temple del ánimo y una emoción que crece,  
es una decisión, vigilante o dormida.

Es advertir de pronto nuestra alma conmovida  
al oír un galope que la tarde estremece  
o aspirar un aroma de tierra humedecida  
o al ver una bandera que en el aire se mece.

Ser argentino, amigos, consiste, me parece,  
en sentirse partícipe de una guerra perdida  
y, pese a la derrota, mantenerse en sus trece.

Es conservar girones de gloria compartida  
y es saber que algún día, si el motivo se ofrece  
deberemos jugarnos, sobriamente, la vida.



## II

### CELEBRACIÓN Y ELOGIO PARA UN CORTE DE MANGA

Te vi en una película llegada de Inglaterra  
con la versión británica respecto a nuestra guerra.

No importa la película, pues haré referencia  
de su extensión tan sólo a una breve secuencia.

El general Menéndez (la Historia ha de juzgarlo)  
ya resignó su sable sin llegar a empuñarlo.

Bajo el cielo plomizo, bajo custodia armada,  
avanza una columna para ser embarcada.

Marchan nuestros soldados arrastrando las botas,  
envueltos en sus mantas, masticando derrotas.

Y marchabas con ellos, en el extremo izquierdo  
de una fila marchabas, según lo que recuerdo.

Caminabas a largas zancadas desparejas



y llevabas el casco metido hasta las cejas,  
los dientes apretados, el ceño de tormenta,  
tu bigote era hoguera despeinada y violenta.

(bigotes colorados de bárbaro insepulto,  
bigotazos propicios al alcohol y al insulto).

Caminabas con largas zancadas insolentes,  
las cámaras siguieron tu paso con sus lentes.

Caminabas ajeno a tales circunstancias,  
la mirada sombría perdida en las distancias.

Al frente la mirada y en los tímpanos ecos  
de cien mil estampidos, repetidos y secos.

Sin embargo, de pronto, después de haber pasado  
delante de las cámaras, feroz y ensimismado,

reparaste en el rol, el rol involuntario,  
que protagonizabas para el bando adversario.

Desandaste lo andado y altivo, compadrón,  
te plantaste delante de la televisión.

Registró el celuloide tu estampa socarrona,  
con los brazos en jarras, la sonrisa burlona.

Tus bigotes de lacre, a la sombra del casco  
dibujan un visaje de humor, de bronca, de asco.

Entonces, lentamente, cincelaste en un gesto  
la actitud inequívoca de quien conserva resto.

Fue el tuyo un admirable corte de manga clásico,  
planetario, doméstico, académico y básico.

Fue un gran corte de manga, armonioso, directo,  
superlativo, homérico, delicioso, perfecto,

sublime, cosmogónico, excelso, escatológico,  
musical, metafísico, ejemplar, pedagógico.

Te agradezco, soldado, tu arrebató atrevido,  
aunque ignore tu nombre e ignore tu apellido.

No ostentabas tu grado, ni distintivo alguno,  
anónimo guerrero del sarcasmo oportuno.

Agradezco tu gesto, repentino y audaz,  
agradezco tu gesto, patriótico y procaz.

Simbólico exabrupto, dirigido tal vez,  
no sólo al enemigo, al enemigo inglés,

Sino a la cobardía de algún jefe prudente  
que jamás ocupó su lugar en el frente;

al superior cobarde y al gobernante inepto,  
al cálculo fallido y al errado concepto,

al cauto periodista que retaceó su aliento,  
al especulador que aprovechó el momento,

al político dúplice, al literato críptico,  
al abogado cómplice, al ideólogo elíptico,

al funcionario escéptico, al mendaz catedrático,

al ámbito soviético y al mundo democrático,

al Este y al Oeste, al Imperio Británico,  
las Naciones Unidas y su Estatuto Orgánico,

a la Comunidad mercantil europea,  
a cada voto adverso recibido en la OEA,

al modo como actuaron los norteamericanos,  
a las ligas que agitan los Derechos Humanos.

Celebro, combatiente, tu gesto simple y gráfico,  
tu rotundo ademán, docente y pornográfico.

Tu gesto dirigido hacia todos los vientos,  
que involucra, no obstante, opuestos sentimientos,

pues implica un arranque de gratitud primaria,  
que puede establecerse por deducción contraria.

Tu repudio, en efecto, también es expresión  
de afecto para quienes te dieron su adhesión.

Expresión paradójica de afecto transitivo,  
abrazo recatado, tangencial, primitivo.

Escueta acción de gracias al pueblo solidario  
y al generoso impulso de cada voluntario

y a cada escarapela que adornó una solapa  
y a cada plaza llena que animó nuestro mapa.

Al aporte entregado en la colecta pública,  
a la emoción patriótica de toda la República,

A los tantos rosarios desgranados en coro,  
pidiendo la victoria o una paz con decoro.

A la voz espontánea, diferente y genérica,  
de apoyo que elevaron las naciones de América,

al piloto, al marino, al prefecto naval,  
al conscripto, al gendarme, al cabo, al oficial,

que supieron cumplir su deber de soldados  
en aquellos lejanos parajes desolados,

al jovial camarada que segó la metralla,  
a la sangre fraterna derramada en batalla.

Por estas y otras cosas que tu gesto delata,  
lo celebro, guerrero del bigote escarlata.

Celebro tu ademán, celebro tu talante,  
celebro el alegato inscripto en tu desplante.

Y propongo que el bronce conserve en alegórico  
monumento tu gesto, canyengue y metafórico.

Tu brazo proyectado en trunca trayectoria  
nos estará indicando el rumbo de la Historia.

Con su órbita inconclusa, tu antebrazo ascendente  
dirá de la existencia de un asunto pendiente.

Plástico y elocuente, tu ademán detenido  
gritará que la guerra no es asunto concluido.

Pues allí, circundadas por espuma revuelta,

las Malvinas esperan, esperan nuestra vuelta.

Y tu corte de manga señalará el camino,  
que nos lleve otra vez hasta Puerto Argentino.

### III

#### SOLDADITO DORMIDO

##### Canción

Venías de los campos y la sierra,  
llegabas de talleres y oficinas,  
soldadito que fuiste a la guerra  
soldadito dormido en las Malvinas.

Traías las distancias de la tierra  
y suburbios celestes de glicinas,  
soldadito que fuiste a la guerra,  
soldadito dormido en las Malvinas.

##### Estribillo

Un arcángel artillero,  
un arcángel músico,  
que lleva casco de acero  
y a ratos toca el laúd,  
está velando tu sueño  
tu sueño de héroe pequeño  
que combatió con empeño  
hasta dormirse en el sud.



Casi nada sabías de Inglaterra,  
de su niebla y sus libras esterlinas,  
soldadito que fuiste a la guerra,  
soldadito dormido en las Malvinas.

.Solamente sabías que se aferra  
el inglés a unas islas argentinas,  
soldadito que fuiste a la guerra,  
soldadito dormido en las Malvinas.

#### Estríbillo

Un arcángel artillero,  
un arcángel músico,  
que lleva casco de acero  
y a ratos toca el laúd,  
está velando tu sueño  
tu sueño de héroe pequeño  
que combatió con empeño  
hasta dormirse en el sud.

## IV

### IDEA DE LA PATRIA

La patria es una dulce proximidad de tierra  
levantada en paisajes largamente previstos.

La patria es un cercano parentesco de lenguas  
que la clave del tono completa en su sentido.

Y es la patria la exacta medida que define  
las distancias comunes de nuestras referencias:  
implícito astrolabio con órbitas afines  
que convoca en su centro las tendencias dispersas.

Cintura establecida de sangre convergente,  
territorio anudado por tácitos afectos,  
vinculando el lejano planeta indiferente  
con el mundo entrañable de la casa y los besos.

Frontera que el pasado y los muertos y el clima  
-movidos por el Ángel que vela las naciones-  
pusieron entre el agrio universo que habitan  
confusas geografías y lenguas sin colores.

Entre el turbio universo de raíces distintas  
y el círculo dorado que el fuego familiar  
determina con alas de mariposas tibias,  
circunscribiendo el ámbito donde madura el pan.

Es la patria, en resumen, el natural contorno  
que abriga el desamparo del hogar frente al mundo:  
un abrazo de Historia definiendo en redondo  
los límites que ciñen la flor de nuestros rumbos.

Y es un largo reclamo desde el pie de los siglos  
que se quiebra en astillas de cal bajo los huesos  
y disperso en estrellas se eleva hacia el instinto,  
basamento del arco que afirma el pensamiento.

Recóndito llamado de atávicas cadencias,  
crecido en las entrañas primarias de la vida,  
como un largo alarido de celo y de pelea  
tendido hacia una clave de glorias compartidas.

¿Qué es el hombre sin patria, el hombre que traiciona  
los vínculos profundos que lo anudan al suelo?

Es apenas un gajo desgajado que asoma

desnudo entre los dientes de acantilados negros.

Un manojo de carne que descarnan los vientos,  
    lanzado por caminos de vinagre y salitre,  
    un jirón de neblina con los ojos abiertos  
sobre un plano infinito de norte incomprensible.

Su espíritu disperso desbordará los goznes  
del criterio arraigado, que descifra el sentido  
del amor y el espacio, la altura y los colores  
y un vértigo sin fondo lo llevará al vacío.

La ausencia de una tierra materna y conocida,  
    en vez de levantarlo liviano hasta los cielos  
    le anudará lingotes de inhóspitas arcillas,  
mudables y cambiantes detrás del paso incierto.

Tal vez intente en vano proyectar sus afectos  
    sobre vastas legiones de voces diferentes:  
la falta de un contorno de lenguaje y de gestos  
    le negará la clave del orbe y de las gentes.

Porque la patria otorga la medida intermedia

que define la altura del hombre y la intemperie  
y es el punto de apoyo sobre el cual se sustenta  
la dimensión primaria que vincula la especie.

El amor a la patria situará justamente  
los cariños cercanos del hombre y la mujer,  
pues acuña una esfera más amplia, que trasciende  
las anclas familiares que entierran nuestros pies.

Y ese amor a la patria, que es amor apuntado  
desde el centro del suelo hasta el vuelo del sol,  
levantará en su ascenso nuestro amor a lo alto,  
dirigido hacia el cielo, rumbo al centro de Dios.

## V

Boleta depositada en la urna una de tantas veces en que no había a quién votar

### VOTO ESDRÚJULO

Con esta boleta aséptica  
y acaso poco simpática  
fundo mi actitud escéptica  
frente a la opción democrática.

Mi voto es un voto crítico  
con ribete filosófico,  
contra un sistema político  
que tengo por catastrófico.

Como no soy un espécimen  
de carácter pusilánime  
quiero así enjuiciar a un régimen  
de aceptación casi unánime.

Y expreso en forma poética,  
aunque tal vez estrambótica  
mi preocupación profética  
y mi protesta patriótica.



## VI

### LA BUENA GENTE

(composición navideña)

Esa noche de invierno velaban los pastores  
sus menguados rebaños cuando una claridad  
brilló con un revuelo de arcángeles cantores.

Y animó las alturas de aquella vecindad,  
deseando paz y gozo, deseando gozo y paz  
a todas las personas de buena voluntad.

Así dice la crónica, la crónica veraz  
del suceso más grande que registra la Historia  
cuando Dios nació en forma de pequeño rapaz.

Y yo aquí, recordando esa noche de gloria,  
celebraré a la gente que se encuentra dispuesta  
a recibir, alegre, noticia tan notoria.

De modo que celebro a tanta gente honesta  
que vive una existencia sin mayor relumbrón,  
de escasa relevancia, rutinaria y modesta,



carente de detalles que merezcan mención,  
en su opaco transcurso de un día y otro día,  
con pocos sobresaltos y no mucha emoción.

Celebro en consecuencia a quienes todavía  
velan por sus rebaños en el sur argentino,  
igual que los pastores que en Palestina había.

Celebro al que recorre gozoso su camino,  
al hombre responsable que cumple una promesa  
y al obrero que empieza su turno matutino.

Al padre de familia que bendice la mesa,  
al chico que, temprano, se dirige al colegio  
y al cadete ingresado hace poco a la empresa.

Al músico que logra brindarnos un arpegio,  
al jugador de tenis que acierta una volea  
y al hombre que no goza de ningún privilegio.

A la mujer que tiende un pañal que flamea,  
al recluta apostado que está de centinela

y al portero que luce su gorra y su librea.

Al que en las fiestas patrias se pone escarapela,  
a la niña que toma sin protestar la sopa,  
al artista que pinta una hermosa acuarela.

Al japonés amable que nos limpia la ropa,  
a las amas de casa que gobiernan su hogar,  
al resero que marcha conduciendo una tropa.

Al piloto de caza cuando va a despegar,  
también a los bomberos en su autobomba roja,  
y al policía que nunca se dejó sobornar.

Al prolijo escribano cuando firma una foja,  
al maestro de grado que enseña su lección,  
al hombre de carácter que aguanta y que no afloja.

A los guardabarreras y al Jefe de Estación,  
la eficaz enfermera y al atento doctor  
que visita a los chicos que tienen sarampión.

Al vecino, al diarero y al gaucho domador,

al peoncito que cuida los toros de cabaña  
y al mecánico gringo cuando arregla un tractor.

Al pescador paciente que sostiene su caña,  
a cada oficinista y a cada secretaria,  
al sufrido inmigrante y al cura de campaña.

He aquí la descendencia, heteróclita y varia,  
de los viejos pastores llegados al portal,  
una noche lejana, azul y extraordinaria,

en que el Hijo de Dios tomó carne mortal  
para librar al hombre de todos los pecados  
que arrastrara consigo la culpa original.

Pero no fueron ellos los únicos llamados  
a saludar al Niño en aquellas comarcas  
donde fueran sus padres a ser empadronados.

Porque pronto vendrían tres piadosos monarcas  
llegados del Oriente, trayéndole presentes  
que llevaban guardados en rebosantes arcas.

Son como embajadores del mundo y de las gentes  
esos reyes astrónomos, que llegan cabalgando  
de naciones remotas, de pueblos diferentes.

Son los representantes de quienes tienen mando  
y poder y riquezas y muchos servidores:  
un lucido cortejo los vino acompañando.

Por eso me propongo también rendir honores  
a los que en nuestros tiempos resultan descendientes  
de los tres Reyes Magos, poderosos señores.

Por lo tanto celebro a ciertos presidentes,  
que ejercen sus funciones con acierto y decoro  
y a algunos dignatarios honrados y prudentes.

Celebro a quienes tienen que administrar el oro  
y que jamás se apropian del capital ajeno,  
considerando el robo detestable desdoro.

Celebro la persona y el título del rey,  
celebro a la abadesa que rige un monasterio  
y a los legisladores que elaboran la ley.

Celebro a quien conforma un digno ministerio,  
al pulcro diplomático que sirve a su nación  
y al sagaz detective que resuelve un misterio.

A cada futbolista de un equipo campeón,  
al brillante orador de además elocuente,  
al capitán de un buque cuando empuña el timón.

Y celebro al científico que busca con su lente  
penetrar los secretos que oculta la materia  
y avanzar impulsado por su instinto y su mente.

Al que tendió los rieles que surcaron Siberia,  
al que bajó a la fosa más honda del Pacífico,  
al primer cirujano que trasplantó una arteria.

Al investigador de talento específico,  
al sobrio comandante de un fortín de frontera,  
al director de orquesta y al escritor prolífico.

Al teólogo que indaga en la causa primera,  
Tras el signo que Dios dejó de su presencia,

patente y recatada, esquivada y verdadera.

Y con esto termino, pues sé por experiencia  
que resulta una sana medida de prudencia  
del amable lector no agotar la paciencia.



## VII

### GUERRERO, SALUD

Salud, camarada de aquellas campañas  
que nunca en mi vida yo habré de emprender.

Salve, compañeros, que en tierras extrañas  
jamás formaremos al amanecer.

Acudo a tu encuentro, fiero babilonio,  
guerrero fungible que no sé nombrar.  
Escucho tu grito, sin voz, macedonio  
que con Alejandro quisiste marchar.

Te saludo, viejo soldado de Roma,  
legionario amigo que no conocí.  
Te saludo al tiempo que aspiro el aroma  
de los campamentos que no compartí

(olor de fogatas en las madrugadas,  
cuando arden ramajes de roble y ciprés,  
olor de corrajes, de carnes asadas,  
de sudor y sangre que exhala el arnés).



Porque nunca pude mojar mis sandalias  
en el linde claro de aquel Rubicán,  
te canto, tribuno que fuiste a las Galias  
sin que yo sentara plaza en tu legión.

Porque no hice guardia bajo las encinas  
teutonas, en noche de tensa quietud,  
con un dulce vino de cepas latinas,  
viejo legionario brindo a tu salud.

Salve, condestable, señores cruzados  
que miro cruzando sobre un terraplén,  
flanqueado por frondas de olivos plateados,  
hacia la conquista de Jerusalén.

No estuve con ellos, una cruz bermeja  
no signó mi pecho ni mi pabellón,  
la luz que en las armas sus rayos refleja  
no alumbró mi paso por Tiro y Sidón.

Salud, caballeros, que no me contaban  
peleando a su lado con porfiado afán  
allá en Roncesvalles, mientras se apagaban

las notas del cuerno que sopló Roldán.

No surqué los mares llenos de misterio,  
sirenas y endriagos en frágil galeón,  
no fundé ciudades, no gané un imperio,  
ni busqué Eldorado con obstinación.

Saludo tu empresa, noble castellano,  
saludo tu empresa por el Yucatán,  
Perú y La Florida, te extendo mi mano  
que nunca estrechaste, señor Capitán.

Salve, veteranos de un Tercio de Flandes,  
a quienes no he visto la pica empuñar.  
Salve, lansquenete, donde quiera que andes  
un desconocido te va a saludar.

De la Vieja Guardia no fui granadero,  
ni acampé en la nieve blanda de Moscú.  
No crucé los Andes, ni fui compañero  
de otros granaderos, héroes en Maipú.

No tuvo jinete mi potranca zaina,

que en las montoneras, sola galopó.  
Y un sable inactivo no dejó su vaina  
mientras me esperaba cuando Ituzaingó.

Te estoy saludando, milico sufrido,  
que dejó sus huesos al pie de un caldén,  
cansado por años de haber combatido  
contra Baigorrita, Catriel o Pincén.

No formé en aquella Brigada Ligera  
que cargó allá cerca de Sebastopol.  
Ni, ulano de Prusia llevé mi bandera  
por campos franceses bañados de sol.

La guerra, más tarde, surcó con su carro  
la espalda de Europa, terrible, otra vez,  
pero yo no estaba, cubierto de barro,  
tras una alambrada tendida en Yprés.

Otro habrá llenado mi plaza vacante  
en un submarino con rumbo a Estambul.  
Y alguien, en Toledo, Teruel o Alicante,  
tiñó con su sangre mi camisa azul.

Tampoco me puse la boina encarnada,  
ni el escapulario de algún requeté.  
No embarqué en un buque de la escuadra aliada  
y un tanque germano jamás tripulé.

No fui kamikaze, ni en ardua conquista  
sumé territorios al mapa nipón.  
No vestí uniforme de paracaidista  
francés en los turbios bares de Saigón.

No estuve en Corea, ni en las barricadas  
de Argel se observaba mi blanco kepí.  
Tampoco integraba la fuerzas blindadas  
que ayer se enfrentaron en el Sinaí.

No alquilé mi armado brazo mercenario  
a un Primer Ministro de frac y tam-tam.  
No alquilé en el África mi fusil corsario,  
ni fui boina verde vuelto de Viet Nam.

No hundí una fragata de la flota inglesa,  
gobernando el trueno rasante de un jet.

No estuve en Malvinas (¡y cuánto me pesa!),  
no apunté cañones ni armé un Exocet.

Vaya mi saludo, guerreros ignotos,  
soldados de siempre, que desde el confín  
del tiempo cabalgan al son de remotos  
tambores y alegres toques de clarín.

Salud, turbulentos ahijados del riesgo,  
salud, cazadores de esquivo laurel;  
rúbrica de sangre que atraviesa al sesgo  
la Historia, grabada con duro cincel.

Les extiendo a todos esta mano mía,  
de buen ciudadano, prudente y cortés,  
mientras me pregunto si en su compañía  
no hubiera temblado mi pulso burgués.

## VIII

### PATRIOTISMO ABSTRACTO

Cuando un pleito se ha quedado  
vacío de contenido,  
los abogados decimos:  
“Señor Juez, devino abstracto”.

Y yo me estoy preguntando  
con corazón dolorido  
si acaso mi patriotismo  
no habrá devenido abstracto.

Porque yo amaba, en efecto,  
una patria muy distinta  
que esta patria indefinida  
que padecemos perplejos.

Amé una patria bravía,  
hija de España y de Roma,  
que cortejaba con coplas  
y le rezaba a María.

Esa patria que yo amé  
enarboló su coraje  
recobrando Buenos Aires  
de las manos del inglés.

Amé una patria machaza  
que peleó su Independencia  
y la volcó sobre América  
como un desborde de lanzas.

Amé el viejo solar patrio,  
que maduró para adentro,  
con caudillos estancieros  
y doctores de a caballo.

Que tras su frontera incierta,  
sostenida por fortines,  
sembró trigos y maíces,  
refinando sus haciendas.

Que le transmitió a sus hijos  
cierto aplomo y cierto aire,  
cierto orgullo saludable

de haber nacido argentinos.

Orgullo que compartían  
los inmigrantes llegados  
desde países lejanos  
buscando trabajo y dicha.

Yo amé una patria optimista,  
que ambicionaba poblar  
desde los Andes al mar  
sus distancias con familias.

Patria generosa y buena  
pero que supo, a la vez,  
salvaguardar su interés  
ante la codicia ajena.

Que cuidó su dignidad  
sin pedir permiso a nadie,  
que rindió culto al coraje,  
al recato y la amistad.

Que confiaba en su destino



con ingenua convicción  
pues sospechaba que Dios  
era, por cierto, argentino.

Y aunque todo haya variado  
esa patria que yo amaba  
no es una entelequia vana  
perteneciente al pasado.

No es recuerdo ni reliquia,  
no es objeto de museo,  
ya que no hace mucho tiempo  
de la guerra por Malvinas.

Sin embargo, pese a ello,  
pese a aquella heroica empresa,  
mi angustia tiene vigencia  
de la patria a su respecto.

Hoy se tiene por error  
hablar de soberanía,  
se alaba la cobardía  
y no se aprecia el honor.

Ser valiente es ser machista,  
ser honesto un desperdicio,  
la dignidad un prejuicio  
y habilidad la mentira.

La verdad es relativa  
y además no tiene dueño,  
es la coima un estipendio  
para agilizar medidas.

Restringir la población  
constituye un objetivo  
y se encuentra en entredicho  
el concepto de nación.

La gentileza es falacia,  
la represión, genocidio;  
mandar, autoritarismo;  
y el pudor falta de audacia.

La tradición, equipaje  
que es necesario arrojar

por la borda, para andar  
hacia un futuro brillante:

un futuro singular,  
utópico, evanescente,  
reservado a quien ingrese  
en la Gran Aldea Global.

Mi patria me la han cambiado,  
mi país ya no es el mismo.  
Entonces, mi patriotismo  
¿no habrá devenido abstracto?

## IX

### ESTRELLAS FEDERALES

(marcha)

De pie que ya  
despunta el sol  
y queda atrás  
la cerrazón.

De pie que ya  
se abre la luz  
y apaga el mar  
la Cruz del Sur.

Dejemos al rayar la madrugada  
un llanto de mujer en el adiós,  
que ya el azul y blanco en las tacuaras  
forma en escuadrón.

Al viento de la pampa las banderas,  
un canto hecho coraje en nuestra voz,  
marchemos camarada a la pelea  
por la Patria y Dios.

Estribillo

De pie que ya

.....

Mañana camarada si tu sangre  
tiñera la victoria nacional,  
florida en cien estrellas federales  
llegará la paz.

Y entonces crecerán en nuestro suelo  
trigales a la sombra del laurel  
y habrá un destino claro sobre el cielo  
del amanecer.

Estribillo

De pie, que ya

.....

## X

### AL ALZAMIENTO DE JULIO

Desteñían harapos lívidos de niebla  
las luces heladas del amanecer,  
hora de borrachos volviendo de juerga  
y de ajusticiados contra la pared.

Hora de faroles, inútiles ya,  
Cerrando los ojos sobre la ciudad.  
Huyendo del alba por una calleja  
de los andurriales del triste Madrid,

zumbando se aleja una camioneta  
de Guardias de Asalto que llevan fusil.  
Todavía están tibios los cañones negros  
y el sonido aislado de un tiro de gracia

anida en el hueco del alma de acero  
del arma que lleva el jefe de Guardias.

Se funde en el alba la seca descarga  
que se enanca al eco de aquellas palabras:

“Casares Quiroga, tengo anchas espaldas...”

Un tiro en la nuca... pero allí está España.

Y frente a la farsa de la libertades,  
de los leguleyos, del voto y la ley,

tendiendo un embozo de babosas frases  
sobre “paseillos” al amanecer,  
despierta templada en un grito de armas  
la verdad guardada en viejas esencias,

oscuros cimientos al pie de la raza  
tremolando al aire floridas banderas.  
Sacude el tedioso monorritmo falso  
de la democracia y los diputados

el desplante alzado de España cantando  
al sol, las estrellas, la cruz y el pasado.

Y es el mozo fuerte con su boina roja  
que fue del abuelo, carlista de ayer,

que deja en su aldea la madre y la novia  
para ir a la guerra por Dios y su rey.

Es el señorito que se va de casa

(vibrante reclamo de su juventud)

casi de puntillas, por una ventana,  
vistiendo a escondidas la camisa azul.

Es la fibra austera de os militares  
en la disciplina de su rebelión,

cumpliendo con voces de mando ancestrales  
que golpean profundo sobre el corazón.

Están frente a frente dos signos totales,  
es neta y tajante la gran división

en tiempos que enfrentan relativos males  
y que sólo entre ellos permiten opción,  
en España luchan los grandes rivales  
sin dejar resquicio a la confusión.

La ametralladora despierta los ecos  
de azules montañas, gávidas de paz  
y rebotan plomos en los claustros viejos  
de alguna olvidada ruina medieval.

Marchita cosechas el salvaje aliento



de pólvora y fuego que escupe el cañón,  
trocando su acento en canto guerrero  
una jota alegre que hablaba de amor.

Las trincheras abren negras cicatrices  
en prados que guardan olor de rebaños,  
mientras el mordisco de los proyectiles  
quiebra los perfiles de los campanarios.

Y se puebla de héroes el mapa de España  
y la gloria vuela cubierta de sangre  
sobre los enjambres calientes de balas  
y atrás de los surcos que dejan los tanques.

Resiste en Toledo el ilustre Alcázar,  
el cerco se aprieta en torno a Madrid,  
ceden las defensas de Bilbao y avanzan  
Requetés, Falange, Tercios, Marroquís.

Resiste el Alcázar, Varela se acerca,  
se atraviesa el Ebro, ¡viva Cristo Rey!  
“Tirad que están dentro” (cuartel de Simancas),  
Ruega por nosotros Capitán Cortés.

Clarea la victoria entre los laureles  
de la Andalucía y en el naranjal  
de Levante, trepa los picos agrestes  
del Norte y sonora se vuelca en el mar.

“Volverán banderas victoriosas”. Ya  
repican campanas derramando paz.  
Resuena el carlista grito de ¡aurrerá!,  
maduran trigales ternuras de pan.

Y España amanece, redimida en sangre,  
una acción de gracias se levanta a Dios,  
rimada con ritmos de marchas triunfales,  
mojada por llantos por el que cayó.



## XI

### PLEGARIA POR LOS HOMBRES DE ACCIÓN

Te suplico, Señor, por los hombres violentos,  
por los hombres que cumplen el arduo menester  
de practicar oficios arriesgados y cruentos,  
con repugnancia a veces, a veces con placer.

Te suplico, Señor, por la equívoca suerte  
de esos hombres que matan y que se hacen matar,  
que se ganan la vida apostando a la muerte  
en un juego implacable de cálculo y azar.

Te suplico, Señor, que tu benevolencia  
alcance a los que asumen como una vocación  
la temible tarea de ejercer la violencia:  
te suplico, Señor, por los hombres de acción.

Me refiero, Señor, a los duros comandos,  
los de caras adustas teñidas con betún,  
que lucharon sin tregua desde enconados bandos  
en Argelia o Malvinas, en Serbia o Camerún.

Me refiero, Señor, a los dobles agentes,  
que al amparo precario que les presta un disfraz,  
transitan territorios hostiles, inclementes,  
persiguiendo la clave de la guerra y la paz.

Me refiero, Señor, a los alucinados  
guerrilleros que mueren por un confuso ideal.

Me refiero, Señor, a todos los soldados  
que libran contra ellos una guerra informal.

Y me estoy refiriendo a los submarinistas,  
al cazador furtivo que negocia en marfil.  
Me refiero asimismo a los contrabandistas,  
al pirata malayo y al experto en trotyl.

Al ladrón de caballos, al sagaz comisario,  
al traficante de armas, al buzo, al boxeador,  
a cada guardaespaldas, a cada legionario,  
al piloto de pruebas y al sargento instructor.

Al pescador de perlas, al cuchillero gaucho,  
al comerciante en pieles que navega el Yukón,  
al colono que tuvo plantaciones de caucho.

o cultivó arrozales al norte de Saigón.

Al que busca esmeraldas y al domador de fieras,  
al jugador de naipes y al viajero espacial,  
a los aventureros que habitan las fronteras,  
al rudo mercenario y al poblador austral.

Me refiero, Señor, a un conjunto curioso,  
que amalgama arquetipos de condición dispar,  
al héroe y al canalla, al mártir y al tramposo,  
al delincuente nato y al policía ejemplar.

Porque ocurre, Señor, que muestran todos ellos  
un rasgo compartido, un vínculo sutil,  
que alumbra sus figuras con extraños destellos  
y les imprime un sello de singular perfil.

Ya sé, Señor, que pueden tener barro en las manos  
o ahogar de tanto en tanto su conciencia en alcohol,  
que suelen despreciar los Derechos Humanos  
y que suscita espanto la mención de su rol.

Que podrán ser blasfemos, pendencieros, perjuros,

vociferar obscenas canciones de cuartel  
o formar la clientela de tugurios oscuros  
en Jamaica o Marsella, en Singapur o Esquel.

Pero yo sé también que todos sus pecados  
no son peores que aquellos del prudente burgués,  
que delinque con márgenes de riesgo mensurados,  
cuidando su apariencia de honesto feligrés.

No son más condenables sus posibles excesos  
que la envidia que aqueja a un Jefe de Sección  
o a pulcros Subgerentes, autores inconfesos  
de muertes y traiciones en su imaginación.

No son más despiadados que ciertos financistas,  
ni son más depravados que algún embajador,  
ni son más ambiciosos que ciertos periodistas,  
ni son más mentirosos que aquel legislador.

Son claros paladines o sucios perdularios  
forjados, sin embargo, en un mismo metal,  
el precio de la sangre se incluye en sus salarios  
y el peligro conforma su ambiente laboral.

La violencia es su tacha, pero a la vez resulta  
que en ella encontrarían su propia redención,  
como si fuera un fuego que con su llama oculta  
oficiara una suerte de purificación.

Con frecuencia aceleran las ruedas de la Historia  
(la verídica Historia, deslumbradora o ruin),  
osados fogoneros de la infamia y la gloria,  
son quienes encabezan la gesta o el motín.

Temidos y admirados, amados, maldecidos,  
nadie eleva por ellos jamás una oración.

Por eso en estos versos, acaso algo atrevidos,  
te suplico, Señor, por los hombres de acción.





## XII

### ZAMBA DEL PRISIONERO

#### I

Tras frenar el embate guerrillero  
que asolaba el monte y la ciudad,  
malos jueces me tienen prisionero  
por delitos de Lesa Humanidad.

#### II

Mi pasado es apenas un prontuario,  
he perdido el cobijo del hogar,  
los míos me visitan con horario  
conteniendo las ganas de llorar.

#### Estribillo

Sin embargo no estoy arrepentido  
por haberme batido sin ceder,  
respondiendo al estricto cometido  
de cumplir el mandato del deber.

#### III

Nos habían ordenado, ante el sesgo

de la Historia imponernos o morir.  
Mas cuando estuvo conjurado el riesgo  
vamos presos por sobrevivir.

#### IV

Finalmente esta pérfida discordia  
algún día se habrá de terminar  
y otra vez la justicia y la concordia  
hallarán en la patria su lugar.

#### Estribillo

Sin embargo no estoy arrepentido

.....

### XIII

#### SEGUNDA INVASIÓN

Buenos Aires duerme recostada en su Fuerte  
y en los ceibos cantaban las voces de Sudeste.

Por lo alto de las torres y por los miradores  
mil campanas callaban sus repiques de bronce.

Goletas y balandras cabeceaban al ancla  
más allá de las toscas, más allá de los talas.

Pero el viento que acuna los talas y los ceibos  
y hamaca los ombúes y escora los veleros

de pronto trajo gritos de exótica cadencia,  
desplegando en colores exóticas banderas.

Y en el centro del río se fue poblando un bosque  
de mástiles y jarcias ceñido por cañones.

Ya bajan los ingleses y ya vienen, ya atacan  
y el aire se estremece con música de gaitas.  
Sin embargo a las gaitas contestó un bordoneo  
que llegó de la pampa y anidó en cada pecho.

Fue un *punteo* de tacuaras, *contrapunto* de balas,

con *cielitos* de fuego y *estilos* de metralla.  
Retumbó en cada esquina, clausuró los balcones,  
se atrincheró en las calles, trepó a los miradores

y si fue silenciado por un rato en Perdriel,  
hirviendo y clamoroso bajó sobre el inglés,  
desde cada azotea, desde cada balcón,  
para hacerse alaridos en boca del cañón.

Se callaron las gaitas, ... el duro bordoneo  
redobló en la alegría de un *triumfo* con rasgueo.  
El nombre de la patria tomó entonces los nombres  
de los nombres de pila que llevaban dos hombres.

Esa tarde la patria se llamaba Santiago  
y Martín se llamaba para cada soldado.  
Y eran todos soldados, los chicos y los grandes,  
los muchachos, las viejas, las mozas y los frailes.

Un jardín de banderas tomado al invasor  
A los pies de la Virgen como prenda quedó.  
Y en el mundo se supo que atropellar la patria  
no era cosa de hacerse y sacarla barata.



## XIV

### CANTO A DON JUAN MANUEL DE ROSAS

Desde el centro de un tiempo que contempla en la patria  
levantarse ramajes de turbias anarquías,  
como grises retoños arraigando en la casa  
que cuartean los cimientos y su cielo de vigas.

Desde el centro de un tiempo que mira a la Argentina  
navegar por un rumbo contrario a su destino,  
desarbolado el mástil, siguiendo a la deriva  
y hechizada su estrella por raros magnetismos.

Desde el centro de un tiempo que contiene mi tiempo,  
desde el centro de un suelo que sustenta mi centro,  
anudado en el tiempo de la patria y al suelo  
que comparto a lo ancho del ancho de mi pueblo.

Desde aquí justamente le canto a tu recuerdo,  
desde este transitorio recodo de la Historia,  
convoco al arquetipo de un Hombre de Gobierno  
y evoco tu estatura don Juan Manuel de Rosas.

Cuando la patria andaba sus pasos primerizos,  
deslumbrada en el riego de su libre albedrío  
y buscaba en pedantes almácigos escritos  
las fórmulas supremas del poder y el prestigio.

Cuando los hombres pálidos de ojeras desveladas  
y fraques cuyas telas trajeron los veleros;  
cuando los hombres débiles, con plumas afiladas  
creyeron que podían fabricarnos de nuevo.

Fabricarnos de golpe, bosquejando perfiles  
acaso seductores, tal vez con la armonía  
prevista en los tratados yalzada en los atriles  
por sabios que allá lejos la ciencia distribuían.

Cuando los hombres frágiles, con piel de camafeo  
y voz de pianoforte, contemplaron con rabia  
romperse la figura de esa patria que hicieron  
con terror y con tinta, con sangre y porcelana,  
  
se alzaron de la tierra remolinos de guerra  
y un ritmo poderoso de galopes hirsutos,  
se conjugó en cadencia de tropa montonera



volcada sobre el puerto desde todos los rumbos.

Entonces, cabalgando en la cruz del pampero  
y ungido por el agua lobuna del Salado,  
llegó un paisano rubio con los ojos de acero  
y afirmado en el gesto un hábito de mando.

Saludaba su paso el clarín de los teros  
y un himno de zorzales contestaba en los montes,  
mientras el horizonte de los campos porteños  
levantaba estandartes de vagas brillazones.

Con él llegaba el orden vestido de escarlata,  
la sabia providencia ancestral del patrón,  
que enfrenara el impulso del hombre de campaña  
al par que le prestaba su poder protector.

Las claras madrugadas lo vieron a caballo,  
descifrando el sentido del viento y las escarchas,  
interrogando al río, al cielo y a los pastos  
en pos de los indicios que recata la pampa.

Los blancos mediodías lo vieron discurriendo

con el torvo araucano y el matrero ladino,  
con el pobre y el rico, develando el secreto  
del hombre y de las leyes que rigen su destino.

Así aprendió en el libro del paisaje y el clima  
y en la letra animada del gesto y el carácter  
la hermética armonía que gobierna la vida  
y el manejo seguro de sus dúctiles claves.

Don Juan Manuel de Rosas, Capitán de Campaña,  
señor entre señores y bárbaro entre bárbaros,  
sujetó al diccionario la fonética pampa  
al tiempo que rimaba sobre cánones clásicos.

Saludaron su paso los teros y zorzales  
y en la voz del Salado su campo le cantó,  
jinete del pampero llegaba a las ciudades  
y se apeaba en la Historia aquel Restaurador.

Todavía volvió al campo y al amor del Salado,  
retomando el gobierno de peones y paisaje,  
pero ya estaba abierto su destino de mando  
y era un duro repique su nombre por las calles.

Vestida de glicinas y volcada en los patios  
Buenos Aires descansa con sueño federal,  
la voz de los serenos se esconde entre geranios  
y pausadas campanas silencian su metal.

Pero hay alguien que vela mientras vela la luna.  
Hay luces desveladas que en la noche trasnochan,  
lejanos en el río hay faroles que alumbran  
cañones forasteros... y también vela Rosas.

Su letra dibujada se inclina en los papeles  
que regulan la marcha de la patria y disponen  
los mínimos detalles de cada diferente  
expediente que llega a sus ojos insomnes.

Es el hombre que manda, la figura del orden.  
Mientras duerme la noche en los patios oscuros,  
conduce de la mano aquella patria joven  
con la exacta minucia de un Felipe Segundo.

Ni el sueño ni los años embotaron el filo  
de acero que se envaina en la firme mirada.

Y la boca es un tajo resuelto de cuchillo  
que corta cada exceso inútil de palabras.

Don Juan Manuel de Rosas asume su pasado:  
la sangre irremediable que empapa su divisa  
como empapó las manos también de sus contrarios  
(a las manchas de sangre con sangre se las limpia).

Y aleja otra memoria que perturba el trabajo:  
es un largo galope precediendo las lanzas  
que empujaron al indio allá, hasta el Colorado,  
ensanchando con leguas el perfil de la patria.

El lucero del alba despierta sobre el río  
y despiertan banderas guerreras de ultramar:  
Don Juan Manuel de Rosas permanece en su sitio  
mientras tiñe la aurora de rojo la ciudad.

En los grandes navíos de tabla estremecida  
por el canto del viento en los tensos cordajes,  
brillantes oficiales de una Europa temida  
desnudan en el aire la curva de sus sables.

Y una salva artillera levanta el agua zaina,  
rebotando en los ceibos para extinguirse al pie  
de la clara bandera de una patria temprana  
que saludan las piezas del almirante inglés.

Idéntico homenaje rendirán los cañones  
de las naves francesas a nuestro pabellón:  
Don Juan Manuel de Rosas confirma a las naciones  
que a la vera del Plata maduró otra nación.

En la bruma salada del destierro britano  
un hombre mira lejos, sobre el lomo del mar,  
sus recuerdos se hamacan al paso del caballo  
como antaño, al conjuro de ese mismo compás.

Cicatrices del tiempo subrayan sus facciones,  
pero el gesto conserva la costumbre del mando  
y anida una grandeza enérgica en el porte  
de ese hombre que recuerda su imperio en el Salado.

Vidalitas ausentes de teros y zorzales,  
el bárbaro relámpago quebrado de un corcovo,  
la sombra de los talas ciñendo cangrejales

y la adhesión del gaucho reflejada en los ojos.

Y recuerda la patria. A esa patria dispersa  
cuyos nervios y anhelos recogió poco a poco,  
para unirlos con lazos de comunes empresas  
que fraguaron en pactos respetados por todos.

Don Juan Manuel de Rosas recuerda... en su recuerdo  
se dibujan las horas del final y recuerda  
los campos de Caseros... soldados extranjeros...  
su renuncia, unas anclas... la costa que se aleja.

Solamente recuerdos de un hombre en el destierro.

Recuerdos, una hija y un sable, nada más.  
Ternura en Manuelita y en el sable un austero  
testimonio legado por un Gran Capitán.

Anochece en Southampton. Al paso del caballo  
una sombra se pierde por caminos sin sol;  
en las nubes celestes y blancas del ocaso  
muere un trazo de fuego, una cinta punzó.

## XV

### VA LAVALLE

Taciturno y sombrío va Lavalle  
al frente de su ejército espectral,  
le ha ordenado a un soldado que se calle  
y que guarde silencio a un oficial.

Hace poco perdió en Quebracho Herrado  
y sufriendo el acoso federal  
cruza un campo reseco, calcinado,  
donde brilla lejano un salitral.

Lo importunan recuerdos del pasado,  
entre ellos, pertinaz y casi real,  
la sombra del ilustre fusilado.

Apresura su marcha el general  
porque tiene un encuentro concertado  
con la muerte y procura ser puntual.





## XVI

### QUEBRADA ARRIBA

Por la roja Quebrada de Humahuaca,  
con las lanzas de Oribe detrás de ellos  
un grupo de jinetes se destaca  
alumbrado por súbitos destellos.

Reflejos que en los sables envainados  
suscita el sol que baja lentamente  
tras los enormes cerros empinados  
junto al cauce sin agua de un torrente.

Allá van los jinetes derrotados  
conformando cortejo reverente  
a los restos del jefe, descarnados,

y al insensato corazón doliente  
de Lavalle, que llevan sus soldados  
metido en un botijo de aguardiente.



XVII  
CURA GAUCHO

Esforzado misionero  
del hombre de nuestra tierra,  
apóstol de Traslasierra  
piadoso Cura Brochero.

Convenciste al paisanaje  
con argumentos propicios  
de que en tandas de ejercicios  
rindiera a Dios homenaje.

Por el llano o la represa,  
por la cumbre o el abismo,  
enseñaste el Catecismo  
con tonada cordobesa.

Cura Gaucho, te imagino  
montando tu mula en pelo  
y cuidando desde el cielo  
a todo el pueblo argentino.

Para que firme y seguro  
marche hacia un tiempo mejor  
y le conceda el Señor  
un venturoso futuro.

## XVIII

### UN SABLE

La proa del arado  
desgarra lentamente  
la rica piel que envuelve  
las raíces del campo.

Va partiendo el acero los finísimos nervios  
vegetales que suben hasta el canto del viento  
y levanta un oleaje aquietado en mareas  
paralelas de tierra junto al fiel de la melga.

Banderas de gaviotas  
flamean sobre el surco  
que acuesta entre los yuyos  
su herida promisor.

De pronto, resonando con seca intensidad  
en la reja fecunda, se desnuda el metal  
de un sable que dormía, trasnochando su herrumbre  
de sangre entre semillas y osamentas sin cruces.

Al conjuro del viejo recuerdo que la tierra  
devuelve hasta la tarde madura de la siembra,  
se conmueve en su origen la pampa chacarera  
con un temblor heroico cruzado por la guerra.

Reviven los pilares  
de muerte que sustentan  
las cifras ganaderas  
y el sol de los trigales.

Sobre un fondo de hectáreas, de reses y de alfalfa,  
desfilan transparentes girones de batallas:  
antiguos regimientos de anónimo coraje  
se esfuman entre un himno redondo de cereales.

Continúa el arado  
su camino de pan.  
Tirado más atrás  
queda un sable oxidado.  
Las voces del pasado  
se apagan en la paz.

## XIX

### ELOGIO DE LA VIDA

Para cantar la vida pienso que es lo mejor  
empezar a por cantar a su divino autor.

De modo que estos versos, agrupados de a dos,  
principian, como cuadra, dando gracias a Dios.

Al Dios omnipotente, creador insoslayable  
de todo cuanto existe, conocido o probable.

Que actuó en forma directa o acaso, así lo admito,  
disimulando un poco su poder infinito.

Mediante evoluciones que exigen poseer  
una fe inquebrantable para poderlas creer.

Por tanto le agradezco a Dios omnipotente  
conferir la existencia a todo lo existente.

Le agradezco los mundos del cosmos sideral,  
dispersados o no por el *¡bang!* inicial.

Agradezco el pequeño sistema planetario  
que funciona en un átomo corriente y ordinario.

De nardos y jazmines agradezco el aroma,  
agradezco el portento de cada cromosoma.

Agradezco del hielo sus cristales perfectos  
y el variado universo que forman los insectos.

Agradezco el instinto del animal salvaje  
y las gamas de verde que combina un follaje.

Agradezco el juncal que viste una laguna  
y el caudal de mercurio que derrama la luna.

Agradezco de un bosque su lejano confín  
y la curva que traza el salto de un delfín.

El armonioso porte que exhiben las coníferas  
y el tesoro que ocultan las arenas auríferas.

Los anillos concéntricos que a su modo y manera



declaran en los leños la edad de la madera.

Los ciclos sucesivos de las cuatro estaciones  
y el fuego hospitalario que brilla en los fogones.

La orientación atávica impresa en la memoria  
del ave que repite su gira migratoria.

Y es hora que lo diga, le canto especialmente  
a la vida encarnada en el hombre y la gente.

Al misterio entrañable de la fecundidad,  
que parte desde el tiempo hacia la eternidad.

Pues la vida, iniciada cuando la concepción,  
prosigue en otra vida de gloria o perdición.

Por lo tanto la muerte no es un punto final  
sino una encrucijada necesaria y fatal.

Un nexa entre dos planos, el paso inevitable  
que conduce al abismo o al edén deleitable.

Y como es conveniente cultivar la esperanza  
Recuerdo aquí que el justo la salvación alcanza.

(Después de examinar a mi propia conciencia,  
proseguiré cantando a la humana existencia).

Cantemos al esfuerzo, cantemos al amor,  
cantemos al perdido sentido del humor.

Al modesto coraje que requiere el momento  
se salir cada día a ganarse el sustento.

A las buenas maneras, cuyo suave ejercicio  
transforma nuestro entorno en ámbito propicio.

Al debido respeto que merece la edad  
y a la sana costumbre de decir la verdad.

Al triunfo que se obtiene pagando un alto costo  
y al espíritu clásico que se enciende en el mosto.

Al gesto poco usual de aceptar la derrota  
y al empeño que exige seguir siendo patriota.

A la noble fatiga que experimenta el músculo  
y a la melancolía que ocasiona el crepúsculo.

Le canto a quienes fundan familias numerosas  
porque demuestran ser personas generosas.

Capaces de poblar con hijos este suelo,  
confiados en sus fuerzas y en la ayuda del cielo.

Lo cual no significa que deje de cantar  
a quienes no pudieron llegar a procrear.

Ni a los que se abstuvieron de tener descendencia  
para servir a Dios con mayor diligencia.

También a los que educan los vástagos ajenos,  
templando su carácter para que salgan buenos.

Le canto al gobernante que manda con acierto,  
le canto al timonel que conduce a buen puerto.

Le canto al magistrado que juzga rectamente

y a los sanos prejuicios de la gente decente.

Le canto al inmigrante que acaricia un proyecto  
y al hijo de la tierra prudente y circunspecto.

A la ciudad inmensa, de idiosincrasia extraña  
y al ejido apacible del pueblo de campaña.

Le canto a los ganados que pueblan la llanura  
y al círculo que un cóndor difumina en la altura.

Al trigal y al viñedo, al ombú y la glicina,  
Al taller, a la fábrica, al aula y la oficina.

Al metro y la retórica, la ciencia matemática,  
la música sinfónica y la actuación dramática.

La estrategia y la táctica, el orden cronológico,  
la olvidada gramática y el estudio teológico.

Le canto a los tres reinos, incluido el mineral  
que les presta a los otros contorno y pedestal.

Le canto a la borrasca y le canto a la calma,  
le canto al equilibrio entre el cuerpo y el alma,

Y quiero terminar, por haber alcanzado,  
un número de estrofas que parece adecuado.

De modo que concluyo, lograda esa medida,  
dando gracias a Dios, de nuevo, por la vida.



## XX

### OCTOGENARIO

Hace un tiempo que cumplí ochenta años,  
pasando así a ser octogenario,  
condición ésta que me causa extraños  
temores no sentidos de ordinario.

Ya que admito abrigar cierta inquietud  
al vislumbrar el fin de mi existencia,  
lo cual no afecta aquella gratitud  
que debo a la Divina Providencia.

Pues agradezco el nombre que me han dado,  
las luces que alumbraron mi camino  
y un amor conyugal afortunado;

los hijos, los amigos que el destino  
permitió que marcharan a mi lado  
y haber nacido cristiano y argentino.





*Cuando llegaron cerca del pueblo donde iban,  
Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos  
le insistieron: "Quédate con nosotros porque es  
tarde y anochece. LUCAS 24, 15-35*

### QUÉDATE CON NOSOTROS

Cuando a veces notamos que no nos apetece  
elaborar proyectos, pensar en el futuro,  
porque consideramos el porvenir oscuro,  
*quédate con nosotros, Señor, porque anochece.*

Cuando el paso del tiempo nuestro ánimo estremece  
y advertimos de pronto que se nos va la vida,  
como el agua se escurre de un ánfora partida,  
*quédate con nosotros, Señor, porque anochece.*

Cuando los panoramas que el mundo nos ofrece  
contengan más recuerdos que nuevas esperanzas  
y menos perspectivas que antiguas añoranzas,  
*quédate con nosotros, Señor, porque anochece.*

Cuando cada mañana que empieza nos parece  
repetir las jornadas vividas anteayer  
y ofrecernos escenas que ya pudimos ver,  
*quédate con nosotros, Señor, porque anochece.*

En fin, cuando la vida poco a poco decrece  
y va disminuyendo su rápido caudal,  
como si ya insinuara que llega a su final,  
*quédate con nosotros, Señor, porque anochece.*

## ÍNDICE

Noticia.....	
I Ser argentino .....	
II Celebración y elogio para un corte de manga .....	
III Soldadito dormido .....	
IV Idea de la patria .....	
V Voto esdrújulo .....	
VI La Buena Gente.....	
VII Guerrero, salud.....	
VIII Patriotismo abstracto .....	
IX Estrellas federales .....	
X Al alzamiento de julio.....	
XI Plegaria por los hombres de acción .....	
XII Zamba del prisionero .....	
XIII Segunda invasión.....	
XIV Canto a don Juan Manuel de Rosas .....	
XV Va Lavalle.....	
XVI Quebrada arriba.....	
XVII Cura Gaucho .....	
XVIII Un sable .....	
XIX Elogio de la vida.....	

XX Octogenario.....

XXI Quédate con nosotros.....